



## El gran camelo

Tiene razón que le sobra este nuestro diario en lo que dijo en su fondo de «Comentarios» del día 17 sobre que «Continúa la política del desastre». Maura, a quien Sánchez Guerra, acaso con aviesa intención y no sin ironía llamó la «máxima autoridad política», es el gran camelo de la política española, y lo es reconociéndolo casi todos. Es un valor, o si se quiere un no valor, entendido. Es aquel a quien se le echa el muerto

En primer lugar los más de los sedicentes mauristas no creen hace ya tiempo en Maura, y menos desde que éste ha llegado a hablar de maurismo. Unos proclaman el maurismo sin Maura y otros a Maura sin maurismo. El celmo del camelo.

Dícese que Maura nunca ha podido aplicar desde el gobierno sus ideas políticas. Por culpa de los de la izquierda, primero, según nos dijo en una ocasión don Angel Ossorio y Gallardo. Y ello fué que después de anunciar la revolución desde arriba, y una revolución rápida y radical, se nos vino con el esparpento aquel de la ley de Administración local y que se discutiera con toda latitud en el Congreso.

Dicen también que lo de 1909 fué cosa de La Cierva. Y que luego Maura no ha entrado en ningún gobierno como maurista y sólo con los suyos. Pero es que no podía entrar como maurista porque para Maura el ser maurista no es nada ni significa nada. Y ni siquiera es él. No es más que su propio simulacro, una efigie.

No, Maura no extirpará la criminal tolerancia del juego, y menos ahora que se necesita de éste. ¿No acaba de dar 244.000 pesetas para aeroplanos militares el gerente de la Arrendataría del Recreo Nacional? ¿No había regalado antes caballos de carrera? ¿No contribuye el juego de azar a La Cruz Roja? ¿No se lava con sangre de suicidios y con lágrimas de miseria la sangre de nuestros soldados sacrificados en Africa? Maura no extirpará lo del juego. Ni lo del desenfreno de la prostitución, ni nada. Ni a Maura se le ha llevado, con lágrimas acaso, adonde está, para que extirpe nada, ni para que cure nada. Se le ha llevado, explotando su vanidad de actor, para ganar tiempo, o sea para perderlo, para distraer al país. Había que hacer un papel, y para hacer papeles, ¿quién mejor? Porque no cabe todavía echar mano del otro gran comediante, del faistrion del radicalismo.

No, Maura no aplicará tampoco esta vez sus ideas de gobierno, y no las aplicará por una sencilla razón, y es que no las tiene. Porque las frases de Maura no encierran ideas, sino pseudo-ideas, camelos. Sus más célebres frases carecen de contenido conceptual; reducen a pintar, como habría dicho Juan Pablo, éter con éter en el éter. Son acuarelas de una alameda, pero a nadie se le ocurrirá construir nada con la madera de esos álamos ni aun de los que le sirvieron de modelo.

Maura habló del declive y ahora que se le ha llamado a que acabe de precipitarse

per él. Obra todo ello de un maquiavelismo instintivo y casi inconsciente.

Quién sabe... acaso ha podido haber aquello de «¡vive, don Antonio; o usted se viene o yo me voy...!» Y la máxima autoridad política, en vez de decir patrióticamente: «Pues váyase ahorabuena y encantados», pensó en no queremos saber qué cosas; pensó que también el se tendría que ir entonces, y para no volver, él, el salvador, el redentor, y... se sacrificó una vez más. Si hubiera creído que él se quedaba... Porque Maura no es de los de la consustancialidad del maurismo con el orden. «Nosotros somos nosotros» — ya se acordarán.

Dice este diario que para extirpar las causas del desastre es necesario, es imprescindible practicar una tremenda operación quirúrgica, es necesaria una Revolución. La anunció Maura, pero desde arriba. Y arriba era él, Maura. Y todo terminó en policías honorarios y en eso de la acción ciudadana.

Se le ha llamado a Maura, de quien no ha mucho se decía en ciertas alturas que está «gagá». Y se va a jugar la última carta acaso con la «gagería» de nuestra «máxima autoridad política», que ha dicho, no sin maliciosa ironía sin duda, su en un tiempo escudero Sánchez Guerra. Y cuando acabe el declive se irá nuestro gran camelo político al lado de su hijo Gabriel a ver cómo termina éste su historia del reinado de Carlos II el Hechizado.

Y «¿qué vendrá después?» No, lo que hay que preguntar es qué es lo que se irá después. Que otro camelo.

Miguel DE UNAMUNO.

